

La mansa idea revolucionaria de Thoreau*

Ezequiel Martínez Estrada

Hombre de conciencia tan limpia y de mente tan lúcida como Henry David Thoreau no podría vivir hoy fuera de la cárcel. Lo dijo: “el lugar mejor para un hombre, en estos tiempos de subversión de las instituciones, es la cárcel”. También padeció él en su tiempo, si no de mayor libertad sí de mayor honestidad en el ejercicio de las funciones públicas, enojosos contratiempos que, incluso, lo llevaron a las mazmorras policíacas. Defendió la justicia, a verdad y a honradez, sin fijarse que atentaba contra los jueces, los preceptores y las ligas de virtuosos confederados. Defendió al capitán John Brown, que murió ahorcado por defender a su vez a los negros; defendió la libertad y santidad de la vida silvestre contra la barbarie de la vida ciudadanizada, y a los que resistieron, como él, pagar el tributo para

Tramas
y Redes
Jun. 2025
Nº8
ISSN
2796-9096

.....

* Publicado en la revista *Casa de las Américas*, vol. I, núm. I, La Habana, junio-julio, 1960, pp. 4 y 5.

Cita sugerida

Martínez Estrada, Ezequiel (2025). La mansa idea revolucionaria de Thoreau. *Tramas y Redes*, (8), 363-365, 80dv. 10.54871/cl4c80dv



Esta obra está bajo licencia Creative Commons Atribución-NoComercial-CompartirIgual 4.0 Internacional https://creativecommons.org/licenses/by-nc-sa/4.0/deed.es_AR

la guerra contra México. Defendió lo que es muy difícil defender sino bajo capitulaciones que hacen inocuo el propósito redentor.

Hubo hombres –y mujeres– tan valerosos como él, tan conscientes del deber humano de tomar partido por el ser indefenso contra toda forma de opresión y envilecimiento; unos pagaron con su vida la temeridad, pero otros no. Estos eluden constantemente la penalidad de los códigos que los clasifican como agitadores y sediciosos. Precisamente el grado en que obtienen su indemnidad es el grado de ineficacia con que sus sentimientos e ideas han pasado de la categoría de peligrosas a la de contribuyentes a mantener el orden que atacan. Somos los que andamos libres por las calles.

Thoreau iba al fondo de las causas que motivan y mantienen ese orden, y no se demoraba en los aspectos circunstanciales ni en las personas, que son los cuerpos en que encarnan esos demonios, según el relato evangélico de los cerdos. Sabía bien que los males se ocultan astutamente tras la pantalla de los bienes, que el entregador es uno de los discípulos, y que a veces, si no siempre, hay que perseguirlos hasta en los altares y estrados en que por lo común se refugian e invulnerabilizan. Naturalmente, si es que se trata de liberar a los cautivos y no de deliberar sobre el mejor modo de hacerlo.

Ocorre hoy que la mayoría, por no decir todos los que atacan los males sociales, se detienen a cierta altura de la marcha, frecuentemente temerosos de que, conforme a las reglas de juego que han sido impuestas por los mismos enemigos del bien público, su acción sea juzgada nihilista y temperamental. Al modelo devaluado de Blanqui oponen el triunfante de Bernstein. Procuran, conforme a la legalidad exigida por ese juego, que se sigan los dictámenes del raciocinio y que se procure convencer a los carceleros en vez de hacer volar con dinamita las prisiones, donde, por cada delincuente, se dice que tres inocentes purgan delitos imputables a la sociedad en que han nacido y a los preceptores que la han ordenado. Se ha desechado, hasta por los que suponen de buena fe que siguen los pasos de los revolucionarios y libertarios del siglo XIX, la acción violenta y la reivindicación por los medios únicos que se han dejado al alcance de los desvalidos. Pues estos no pueden contar con los ejércitos ni con los banqueros. A eso se llama razonar científicamente, por oposición a los utópicos socialistas, y buscar soluciones pacíficas. Ni los marxistas, ni siquiera los anarquistas, apelan hoy a recursos de fuerza aun cuando se los estrangula con la fuerza y no con la ley. Miran con indiferencia las fotografías en que los argelinos, los sudafricanos y los coreanos son ametrallados como perros en las calles. Buscar otros caminos que los de la legalidad les parece una desesperación anticientífica. Evolución y no revolución es la consigna. Ya nadie estampa al pie de las cartas las iniciales R. S., ni

siquiera los tres puntos del triángulo masónico. Así se ha sofocado, dulcemente, el espíritu de rebeldía, que es el espíritu de justicia. Evolución y no revolución se predica por igual a los blancos y a los negros, y entregar la causa reivindicatoria a los apoderados de sus enemigos o a los defensores de pobres y ausentes, para que la lleven al tribunal que ha de fallar conforme a derecho y prudencia. Que fallen los que no tienen apuro. Todo lo cual sería venerable si no se tratara de altares tras los cuales se parapetan los enemigos de las pobres gentes indefensas, es decir sin defensores, para hacer fuego contra ellas impunemente. Y con el beneplácito de muchos toxicómanos de la prensa asalariada.

Thoreau no era un nihilista ni un preconizador de la violencia. Era un apacible filósofo de los bosques, y no como Blanqui un pensionista vitalicio de las cárceles. Pero descubrió el talón de Aquiles de la sociedad armada hasta los dientes y podrida hasta el tuétano. Conocía cuáles eran los recursos desesperados y contraproducentes. Concibió que el único camino para obtener que el opresor y el inquisidor perdieran el dominio de sus artefactos era el de no combatir con sus mismas armas, las de la guerra. De creer que existiera otro lo habría proclamado y, llegado el momento, puesto en práctica. Estoy seguro de lo que afirmo, porque hay en su vida tanto como en sus obras, pruebas de que para él el deber de ser honrado con sus semejantes era superior al de ser indulgente con los verdugos y condescendiente con los obcecados en el mal. Empero, preso por no pagar el impuesto que se le exigía para robarle tierra a México y matarle su gente, concibió la idea de que contra el poder militar los civiles no tenemos sino la fuerza moral: que contra el fusil sólo es eficiente la voluntad que dice “no quiero”. Poco después escribió Gandhi, también dos utopistas. Decir que no, resistir y dar la vida si es preciso, es la única fuerza que hoy tienen los pueblos inermes para defenderse y liberarse de sus carceleros atraillados. Otros espíritus nobles que han meditado sobre las posibilidades de éxito en esa lucha contra los últimos demonios vivientes, completan la fórmula de Thoreau con esta otra: “Sabotaje, boicot y resistencia pasiva”.

